

ORACIÓN Y POBREZA¹⁰

El hombre que reza, es un hombre que se reconoce pobre, no en un sentido alienante, sino completamente entregado a la voluntad del Padre. El Dios de Francisco es el Padre, de ternura y de infancia que da la vida y es la Vida de todas las criaturas, la oración de Francisco es el abandono de toda subjetividad para sentirse absolutamente dependiente del actuar de la gracia. El misterio de este don gratuito de la gracia, recibida en la pobreza, es Amor de Dios y el Dios de Amor es la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Gracia de Dios para la cual Francisco no busca explicación porque “la rosa es sin por qué, florece por florecer”. Acoger la gracia ofrecida siempre gratuitamente, una gracia que brota a partir del misterio de Dios. Acoger la gracia en la perfecta alegría, la Señora Pobreza, la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. Francisco percibirá en todo lo que vive la presencia del Misterio de Dios. Francisco no daba prueba de un masoquismo subjetivista, sino que aceptaba en un plano igual, como dones del amor de Dios: alegría, pájaros, flores, espinas, sonrisas, tristezas, amarguras, sol y luna, viento, mar, muerte.

Por eso la oración de Francisco era una pura alabanza. Francisco rezaba como un menor, como un hombre que se siente pequeño siervo de los hombres, siervo de Dios, que se hace siervo por amor a todos los hombres. Lo que distingue a nuestro Dios del Dios de otros hombres -es que nuestro Dios se hace siervo, en la encarnación, por amor a toda criatura humana- establo, última caída, Cruz. Ser menor delante de Dios es, para Francisco amar como sólo el Dios de Jesucristo puede amar, haciéndose siervo de todos.

El modo de ser de ese amor, nosotros lo llamamos servir. Servir significa la cordialidad de la gracia; todo lo que es, toda criatura surge, nace, existe de esa gratuidad; todo es gracia, todo es por la gracia. “Todo bien viene de Dios”. Ser menor y pobre es colocarse en medio de esa cordialidad del Dios de Jesucristo. Francisco ve todo, no en la rigidez y en la fosilización de las cosas que existen allí en sí, sino en su origen, a partir de su origen. Él es como el mirar admirado del niño que todo lo ve nuevo, de nuevo, como colocado aliado de Dios que a cada momento crea, renueva y sostiene la creación por la bondad de su gracia. Esa admiración lleva a la gratitud, y a la gratitud del hombre. Gratitud que es una acogida al don del Padre, esto es alabanza. Por eso para Francisco todo es motivo de alabanza. Alabanza es la actitud fundamental del ser menor: esa es la oración de Francisco. Ese abrirse en la confianza, ese lanzarse, significa, al mismo tiempo la prontitud, la disponibilidad para recibir ese amor, aceptar lo y hacer de él la esencia del propio ser. Significa estar dispuesto a amar como sólo Dios, el Padre, sabe amar: amar con sobreabundancia, sin medida, sin cálculo, sin decir “mío”, “sí”, “sin embargo”.

La oración de Francisco es la fiesta de la expresión, del testimonio de esa entrega total en las manos de Dios, es la prueba de haber comprendido lo que es el amor, la bondad de Dios, decirle con ternura y gratitud que lo amo, no porque me regala, sino porque confío, cuento con su amor y quiero amarle en la gratuidad, como siervo, como menor, Francisco podría haber dicho: mientras haya flores, niños y aves en la tierra, nada temas, todo irá bien.

Para comprender la oración de Francisco es fundamental comprender lo que es el hombre Francisco delante de su Dios. Nosotros, los franciscanos, hace ya años que estamos en Petrópolis y en otros rincones del inundo tratando de describir lo específico de Francisco, por decirlo así. Naturalmente, no puedo presentar aquí el resultado de esas investigaciones pero me gustaría dar unos tópicos sucintos sobre el asunto. En primer lugar, quisiera señalar lo siguiente: la espiritualidad que se plenifica desde lo más profundo del hombre, no se deja absorber por una visión científica o acientífica objetiva, pues

¹⁰ Tradujo: Madre Mectildis C. Santangelo, osb. Abadesa de Santa Escolástica. Buenos Aires, Argentina.

es el resultado de una opción subjetiva. La espiritualidad no se deja envolver en su pureza esencial por los criterios y por las clasificaciones científicas de nuestra civilización, caracterizada por la voluntad de poder, la eficacia, el hacer. Ella está abierta a la recepción del misterio. Apertura que, en cierto modo es pobreza, receptividad respecto del misterio. El hombre espiritual, el hermano, el monje es el pobre abierto, receptivo para la irrupción siempre naciente del misterio, la admiración delante de lo maravilloso, del infinito del misterio. Ser envuelto, tal vez, por la donación gratuita de la obra desvelante, es ser acogido, contemplado, en el templo, es decir, en el recogimiento del Misterio: contemplación.

Francisco es la pobreza radical, liberada de los enfoques hoy llamados científicos. Por eso consigue, en la obra que es él mismo, alcanzar en ciertos momentos el ser canal del desvelamiento del misterio. Francisco como ser, es la concreción del desvelamiento del misterio que, dándose, a la vez se retrae en ese recogimiento que es como un vacío. Pero, no olvidemos que el misterio sólo se realiza en la germinación, crecimiento y acogida de la historia. Lo importante para entender y recibir a Francisco, es acogerlo como autor de una obra radicalizada en su concreción de la receptividad del misterio. Francisco estaba disponible para la recepción del misterio, por la experiencia interna del mismo. Liberado del subjetivismo esclavizante, Francisco vive en otro espíritu, en el espíritu de pobre. Frente al espíritu de poder de los hombres, él levanta la bandera del espíritu de pobreza. Como pobre de Dios, asume y recibe el universo como don infinito de su gracia, del amor del Padre de bondad. El es pobre porque, liberado del subjetivismo egocéntrico, no se siente poseedor de nada, ni de su propio cuerpo, ni de su alma, y vive cantando el amor infinito del Padre en la sencillez, pureza y ternura, como un niño amoroso que viendo sus infinitas limitaciones, sólo puede buscar refugio en los brazos de nuestro Padre, siguiendo en todo al Hijo bienamado al cual, poco a poco se conforma hasta llegar, en el monte Alvernia, a la madurez de Cristo.